

Sobre Bassols y la Enseñanza de la Economía

Una Carta de Daniel Cosío Villegas

México, Noviembre 4, 1968.

Sr. Enrique Ramírez y Ramírez,
Director de El Día,
Insurgentes Centro No. 123,
México 1, D. F.

Señor Director:

El 2 de noviembre recibí una carta del ingeniero Manuel Mesa A., a la que acompañaba un artículo suyo intitulado "Pausa Jolgórica con Mala Memoria", publicado en el diario de usted en una fecha que no me indica. Sirva esto de excusa a esta respuesta tardía.

Ciertamente el ingeniero Mesa tiene una forma muy peculiar de entender y de practicar la amistad, pues no sólo en su carta me hace mil protestas de ella, sino que inicia su artículo llamándome "viejo y talentoso" amigo suyo. Por lo visto, considera que tales demostraciones afectivas no están reñidas con la acusación que me hace en un artículo, a saber, ser lo bastante deshonesto para arrebatarme a Narciso Bassols la gloria de haber sido el primero a quien se le ocurrió iniciar en México los estudios de Economía para colgármela yo.

Desde luego, ni entonces ni ahora considero una gloria o siquiera un mérito haber tenido esa idea; en segundo lugar, porque solamente una persona tan ignorante como el ingeniero Mesa puede descuidar el hecho de que hay testimonios escritos de quien fue esa persona, o sea, Manuel Gómez Morín, quien al hacer en 1925 la ley constitutiva del Banco de México, dio a éste la misión de crear una escuela de Economía; tercero, porque al hablar yo de una etapa posterior, di los nombres de las personas que compartían en 1928-29 esa idea. (El propio Gómez Morín, Eduardo Villaseñor, Jesús Silva Herzog, Antonio Espinosa de los Monteros y Miguel Palacios Macedo.)

Como yo no participé en la memorable excursión a Tasco que describe en su artículo el señor Mesa, nada puedo decir sobre ella. Mi afirmación de que Bassols aceptó a regañadientes crear en la Escuela de Derecho, que él dirigía, una sección de estudios económicos, se basa en lo que yo presencié, no sólo en la junta a la que también se refiere el ingeniero, sino en mis conversaciones directas con Bassols, pues, como secretario general de la Universidad que era ya entonces, lo veía muy a menudo.

Las razones que explican la renuencia de Bassols son, por otra parte, perfectamente legítimas y honorables, y si el ingeniero Mesa tuviera un sentido menos torcido de la amistad, él las hubiera proclamado. El temperamento, la formación y el gusto de Bassols fueron siempre los de un jurista; por eso, mientras se sentía muy seguro en el terreno del conocimiento y de la enseñanza del derecho, no le pasaba lo mismo en cuanto a la economía, disciplina que jamás estudió.

La situación de los promotores de la idea era muy distinta. Manuel Gómez Morín había hecho ya la ley de crédito agrícola y había publicado su libro sobre este tema; también había hecho la ley del Banco de México y había ganado la experiencia de dirigir superiormente la institución; había creado en la Secretaría de Hacienda el famoso Departamento Técnico-Fiscal, en que un grupo de jóvenes abogados comenzaron a estudiar, no sólo jurídica, sino económicamente, las cuestiones impositivas. Eduardo Villaseñor había estudiado dos años en la Escuela de Economía de Londres; Antonio Espinosa de los Monteros, tres en la Universidad de Harvard; yo uno en cada una de las de Harvard, Wisconsin y Cornell. Miguel Palacios Macedo se pasó cuatro años en París, con la ventaja de que prevaleciendo todavía en Francia la idea de un estudio paralelo del derecho y de la economía, le vino de perlas su preparación jurídica. En fin, Jesús Silva Herzog, que no quiso salir al extranjero, había avanzado por su cuenta en el estudio económico de nuestra cuestión agraria.

Todos nosotros, pues, teníamos una idea de lo que era la Economía, y los más la teníamos muy clara acerca de cómo se enseñaba en los grandes centros universitarios. Entonces, la renuencia de Bassols era la muy explicable de un hombre delicado que dudaba de lanzarse a un terreno desconocido. Esto en contraste con la indelicadeza del ingeniero Mesa, que todavía hoy, a cuarenta años de distancia, sigue creyendo que él estaba capacitado para opinar sobre la enseñanza de la Economía porque era director de una escuela de agricultura.

Pero la reserva de Bassols tenía otro motivo, que tampoco ha sabido apreciar el señor Mesa. Bassols estaba convencido de que la enseñanza del derecho en México había decaído mucho, y por eso se propuso introducir en la escuela reformas de fondo para devolverle la devoción al trabajo, la congruencia de los planes de estudio, la superación del profesorado, etcétera. Sabía que sólo esa carga absorbería todo su tiempo y toda su energía, de modo que no podía ver alegre y confiadamente echarse a cuestras un fardo adicional y distante de su interés principal. Que en esta apreciación estaba en lo cierto, lo demostraron bien pronto los hechos. A la primera medida que implantó, los estudiantes se rebelaron, se lanzaron a la famosa huelga de 29, cuya primera víctima fue él.

Conmigo no reza, ni puede rezar, el largo y nostálgico ditirambo que el ingeniero Mesa hace de las virtudes personales y cívicas de Bassols. Lo conocí tanto como Mesa; lo traté tanto como él; lo quise tanto como él y lo estimé entonces y lo estimo hoy mejor que él porque mi aprecio fue y es conciente, y no sensiblero, romántico y servil como el del ingeniero Mesa.

Muy agradecido, señor Director, quedo suyo.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

(Rúbrica)